

# PARAÍSO EN ALTAMAR

ROSARIO RAMOS SALAS

32

“Hicieron cuentas y entonces compraron los pasajes. El crucero los sacaría del marasmo en el que su matrimonio había encallado. Navegarían durante siete días y tocarían cinco islas que a Carmen le parecieran las cuentas de un rosario”.





mientras Antonio y Carmen se alistaban para salir al aeropuerto a tomar el avión que los llevara de regreso a casa, escuchan por el matutino de la televisión la noticia de un acontecimiento que les arrebató el habla y los dejó helados. Han desembarcado, la tarde del día anterior de un crucero por el mar Caribe.

El lunes amaneció con un sol tan radiante que Carmen se acordó del promocional que le dieron en la agencia cuando decidieron hacer el viaje.

*Los viajeros podrán tocar el paraíso* – decía el folleto. Fue esa la frase que la llevó a tomar la decisión del viaje. Hacía tiempo que soñaba con el Caribe. Le intrigaba lo que se decía de ese mar, ahí, a lo largo de la historia habían sucedido descubrimientos, búsquedas, conquistas, batallas y encuentros entre diferentes culturas.

*Mar de paraísos y piratas, de islas ambicionadas por sus tesoros, ahora invadidas de turistas que bajan para tomarse la foto, buscar el sol e ir en pos de la aventura,* –terminaba el tríptico.

Su matrimonio no andaba bien, sentía Carmen. En los últimos meses estaba aburrida y tensa. Necesitaba con urgencia encontrar una salida a la rutina, esa horrible carga de los días interminables y odiosos. Uno, igual al siguiente.

El viaje será la solución, había comentado con Antonio.

Hicieron cuentas y entonces compraron los pasajes. El crucero los sacaría del marasmo en el que su matrimonio había encallado. Navegarían durante siete días y tocarían cinco islas que a Carmen le parecían las cuentas de un rosario.

Volaron a San Juan de Puerto Rico donde embarcaron. Era la primera vez que subían en un barco de las proporciones del Crucero Paraíso. Habitantes de desierto, su cultura marítima era nula. Fue fácil entonces enamorarse del navío, quedar perplejos ante su tamaño, el lujo y las comodidades de aquel edificio flotante que parecía emerger de las profundidades del océano.

En la recepción les dieron la bienvenida y quedaron registrados en el camarote 1103.

Desde el balcón, Carmen se entretuvo con los apuestos marinos que en uniforme blanco y azul soltaban las amarras. El barco comenzó a moverse, hasta dar la vuelta y salir de la bahía. La noche era de una oscuridad espesa, unas cuantas estrellas salpicaban tenuemente los muros de piedra del morro, golpeados por el ir y venir de un oleaje milenario.

El viejo San Juan quedó atrás.

En el balcón del camarote vecino un par de pasajeros atestiguaban, como ellos la despedida. Se saludaron, Iván y Candy, mucho gusto. Pronto la conversación fluyó fácil y Candy soltó una retahíla de preguntas.

– ¿De dónde son? ¿Es su primer crucero? ¿Cuántos cruceros han hecho en su vida?

Antonio y Carmen, contestaban tímidos y se sentían fuera de lugar, mientras los vecinos, una pareja de Tampa dijeron que habían perdido la cuenta, llevaban, al parecer como treinta cruceros. Uno o dos por año. Eran todos unos expertos en materia de travesías marítimas y se desenvolvían con prestancia y seguridad. Conocían tanto del mundo.

–Nos falta la Antártida – dijo Candy.

–Lo que pasa es que yo estuve en la marina –compuso Iván un poco apenado, –no hagan mucho caso a Candy.

La desenvoltura y prestancia de la mujer dejó a Carmen anhelando su seguridad.

–Si quieren podemos servir de guía –dijo medio en broma una intrépida Candy.

Asintieron y se despidieron con la seguridad de que los vecinos serían buenos guías. Quedaron de verse en cubierta, al día siguiente para bajar a conocer la primera isla.

–Nos estaremos viendo toda la semana, dijo Candy y juntos se perdieron en el interior de su camarote.

Antonio y Carmen permanecieron en el balcón, emocionados ante las luces del contorno isleño y la potente luz del faro. La aventura apenas comenzaba, tanto la habían soñado. Una música del interior del camarote vecino pareció escucharse. Mozart –dijo Carmen.

Un sol somnoliento que presagiaba un día gris los despertó. Habían atracado en la primera isla. Saint Thomas en las islas Vírgenes. La isla era la flamante poseedora de la playa más bella del mundo, recordó Carmen.

Esperaron un largo rato a los vecinos, pero ellos nunca aparecieron.

Carmen tenía urgencia de mar; tomaron una *guagua* que los llevó a gozar el día de mar color turquesa. Mojaron sus cuerpos con espuma y con el talco blanquecino de la arena. Como niños jugaron a descubrir por primera vez el paraíso. Recogieron conchas y caracoles aventados por el ir y venir de las olas. En un bar playero bebieron unos tragos de coco y piña y comieron camarones bañados en salsa de mango. Se emborracharon con los colores exóticos del Caribe y exploraron sus pieles pintadas por el sol al rojo vivo.

De regreso, buscaron a los vecinos. Les gustaba hacer amigos. El balcón estaba solo, pero la música de la tarde anterior volvió a escucharse.

El comentarista del noticiero *Primera Noticia* siguió con la nota:

*Se trata del hijo del millonario norteamericano John Adams, y de su esposa, que viajaban en el Crucero Paraíso, en la cabina 1101, que esta mañana atracó en el puerto. Dos mil trescientos veinte turistas desembarcaron antes de las ocho de la mañana. Al hijo del millonario se le vio salir de su camarote. Al parecer, durante los días del cruce, su esposa había estado indispuesta*

–Escucha Antonio, están hablando de nuestros vecinos. –dijo Carmen, –apaga la rasuradora, no puedo oír.

La bruma de la mañana del martes los recibió en Martinique, tierra caribeña con sazón francés. Desembarcaron en Fort de France, capital de la isla.

El asombro por los colores siguió avivando sus deseos. Tenían sed de mar y fueron de nuevo en busca de la mejor playa. Encontraron un balneario nudista y ahí bajo el agua perdieron el pudor y admiraron sus cuerpos desnudos, como en un espejo, desprovistos de ropajes y penurias. El mar con sus rumores parecía no cansarles.

Volvieron al barco con la promesa de volver a la isla que les había devuelto su libertad perdida.

Curiosos se asomaron al balcón. Seguía vacío, ni rastro de ellos. Sobre la silla de la terraza un traje de baño de mujer tendido al sol, secándose.

–Deben de haberse quedado en la alberca –comentó Carmen.

–Olvídate de ellos, ¿qué no te basta conmigo? –preguntó un impaciente Antonio.

Esa noche, una tormenta hizo que el barco se bamboleara como si fuera una pluma rendida a los pies del viento. El miedo apareció en sus cuerpos y sus estómagos se rindieron. El mar con su furiosa ventisca era un desconocido. Asustados tocaron a la puerta de los vecinos. Iván entreabrió y dijo que estaban dormidos.

–Tómense un calmante y traten de dormir –aconsejó. No pasa nada.

Al día siguiente los rayos de sol inundaron su cama. Era como si el océano les hubiera penetrado y ellos se habían salvado de un naufragio. La calma se metió por la ventana. Aliviados se asomaron al balcón.

Ya estaban en la isla de Barbados.

Como muchas otras del Caribe, había sido botín de los ingleses. Bridgetown, la capital era polvorienta y empobrecida. Pero tenía su mar y a los caribeños eso les bastaba. La playa se llamaba Casuarina, una caleta de gloria para seguir gozando del olor y la claridad del mar

La playa se plagó de vendedores insistentes. Una mujer que vendía joyería eligió a Carmen para mostrarle sus collares ensartados con sus manos negras y talludas. Antonio le regaló un collar azul turquesa para que nunca se olvidara del color del agua.

Las noches de alta mar las dedicaron a mirar el cielo devorado por la oscuridad y confundido con el negro mar. Observaban la luz de las estrellas, mientras un rugido surgía de las profundidades. Era como si cada noche, cielo y mar se hicieran el amor.

El mar es para seres curiosos y humildes se decían.

–Ve a los vecinos, la curiosidad los ha llevado por el mundo entero. Y, mira son tan sencillos.

–También es el dinero, dijo Carmen, – no te ciegues Antonio.

–Por cierto ¿dónde se habrán metido? –Antonio ahora le picaba la curiosidad.

No los habían vuelto a ver desde la noche de la tormenta. Las únicas señales de que viajaban en el camarote 1101 eran la música tenue que se escuchaba y el traje de baño de ella sobre la silla. Estarían tan acostumbrados a los cruceros que a lo mejor se entretenían leyendo o durmiendo sin necesidad de salir del camarote, pensó Carmen.

El reportero continuó:

*Una camarera entró a asear la cabina y encontró, colgada en el closet una bolsa gris para vestidos largos. Seguro que los huéspedes la habían olvidado, dijo la mujer, otras veces le había sucedido.*

Siempre hay huéspedes despistados y olvidadizos, había declarado.

*Cuando intentó descolgar la bolsa, esta se le vino encima y ella fue a dar al piso con todo y bolsa. La bolsa se abrió y de ella asomó una mano tiesa y morada que hizo que los gritos de la muchacha se escucharan por todo el barco, apuntaba el reportero.*

Amanecieron en Antigua. Tan pronto despertaron salieron a la terraza y para su sorpresa Iván atestiguaba el atraco del barco en el muelle de San John. Estaba solo, sin su mujer.

–Candy ha estado indispueta, les dijo. –Ha tenido fiebre y una infección estomacal. Algo le cayó mal desde el primer día y no ha podido aliviarse. Es una lástima.

–¿Aceptarían una invitación para cenar esta noche con nosotros? –preguntó Antonio, esperando no perder la oportunidad de conocerse.

–Por supuesto –contestó Iván.

Acordaron verse por la noche en el comedor.

Antonio y Carmen no se resistieron ante San John, pueblo ruidoso y alegre, como todos los caribeños. Un grupo de salsa y música tradicional con percusiones y tamborazos los recibió en el muelle.

Como los días anteriores gozaron del mar en la Bahía Profunda.

Y por la tarde a su regreso encontraron un mensaje de los vecinos, dicen-

do que Candy seguía enferma y no podrían acompañarlos a cenar.

–Los veremos en San Juan, antes de dejar el barco – terminaba el mensaje.

La travesía llegaba a su fin. Estaban contentos. Confiados habían transitado por islas que permanecían aisladas al terminar el día. Tuvieron tiempo para explorar sus cuerpos y descubrir territorios deshabitados. Tocaron puertos, recorrieron bahías y caletas escondidas. Recuperaron la energía y la rutina inmutable de sus mañanas de amorío y las tardes silenciosas de lectura.

Muy de mañana reconocieron el paisaje de San Juan. Estaban de regreso. Se prepararon para el desembarque, esperando ver a los vecinos y despedirse de ellos. Tocaron a su puerta. No abrieron. Creyeron escuchar la misma melodía.

– Debieron haberse levantado temprano –dijo Antonio

– Pues qué lástima, me hubiera gustado hacer amistad con ellos, contestó Carmen.

*El cadáver encontrado en el camarote 1101 del Crucero Paraíso fue identificado como el de una mujer, al parecer la esposa de Iván Adams, aparentemente envenenada con pequeñas dosis de veneno para ratas. La policía encontró una grabadora encendida que tocaba música de Mozart. Sobre la silla de la terraza un traje de baño de mujer. Dentro de la bolsa y junto al cadáver de la mujer un zapato del tipo tenis de hombre de color azul marino. La policía no ha dado ninguna pista del marido y al parecer nada se sabe sobre su paradero.*

Así terminaba la horrible noticia que dejó a Antonio y a Carmen en un estupor del que tardarían en salir.

–Ahora sí que tocamos el paraíso –dijo Carmen.

–O más bien el infierno, –contestó Antonio desde el baño, mientras terminaba de afeitarse una barba de siete días de vacaciones. Fue en ese instante que cayó en la cuenta, que esa mañana había encontrado en su maleta un tenis de color azul marino, sin saber cómo había ido a parar ahí.

Carmen ya no escuchó lo que Antonio le decía, porque en ese mismo momento la policía llamó a la puerta de su habitación buscando a Antonio.